

UNIVERSIDAD DE MONTERREY  
 BIBLIOTECA DE MONTERREY  
 "ALFONSO RIVERA"  
 Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

## XX

Pero, como á propósito para desesperar á Neklindoff, el proceso se alargaba. Después de los interrogatorios de los testigos y de la relación del perito médico, después de todas las preguntas que con aire de suprema importancia hizo el fiscal sustituto á los testigos, quizá para ganar tiempo, y de algunas preguntas de los defensores, el presidente invitó á los jurados á examinar de cerca las pruebas de convicción, que se reducían á dos: una era un grueso anillo para llevar en el índice y otra un filtro que había servido para descubrir el veneno.

Los jurados iban á examinar aquellas pruebas cuando el sustituto pidió que antes se diera lectura del peritaje necroscópico hecho sobre el cadáver. El presidente, que procuraba aligerar el proceso, sabía muy bien que la lectura de aquel documento no podía producir sino fastidio y retardar la hora de la comida; pero no se atrevió á negarse á la lectura. Entonces se levantó el relator, y con su voz monótona empezó á leer una hoja sacada de los autos del proceso.

Resultaba del examen exterior del cadáver:

1.º La estatura de Smielkov era de 1'96 metros.

—¡Un buen cacho de hombre!—murmuró el comerciante al oído de Neklindoff.

2.º La edad debía ser de cerca cuarenta años, á juzgar por el aspecto.

3.º El cadáver estaba hinchado.

4.º La piel verdosa, con puntos negros.

5.º La epidermis formaba muchas pústulas de diverso tamaño; en algunos puntos se había desgarrado y pendía á tiras.

6.º Los cabellos, negros y espesos, caían fácilmente tocándolos.

7.º Los ojos, fuera de la órbita, presentaban los iris aplastados.

8.º De las narices, de las orejas y de la boca entreabierta manaba un pus fétido.

9.º El cuello desaparecía bajo la hinchazón del rostro y del pecho.

Y así continuaba en veintisiete párrafos la descripción del cadáver monstruoso y putrefacto, más grueso aun por la hinchazón, de aquel comerciante que viniera, á la ciudad para divertirse.

A medida que el relator leía el peritaje, aumentaba más y más aquel disgusto indecible que experimentaba Neklindoff.

Le pareció entonces que toda la vida de Katuscha y la espuma sanguinolenta y fétida y los ojos fuera de las órbitas, y todas las demás cosas horripilantes en el proceso nombradas, eran obra suya; y parecióle que se sofocaba.

Terminada la lectura del examen exterior, el presidente lanzó un suspiro de satisfacción y levantó la cabeza, esperando que el fiscal quedase ya satisfecho; pero, sin un instante de reposo, el relator emprendiólas con el examen interno. El presidente entonces inclinó la cabeza y apoyando la mejilla en la palma de la mano, cerró los ojos. Cerca de Neklindoff el comerciante contenía á duras pe-

nas el sueño. Los acusados y los guardias permanecían inmóviles.

Del examen interno resultaba:

1.º La película que reviste los huesos del cráneo se despegaba fácilmente.

2.º Los huesos del cráneo eran de un grueso normal y estaban intactos.

3.º Sobre las capas corticales del cerebro, de un color rosa pálido, aparecían dos pequeñas manchas.

Y así seguía hasta trece párrafos.

Venían por último los nombres de los testigos presentes, las firmas y las conclusiones del perito médico, de las cuales resultaba que la anormalidad del vientre, de los intestinos y de los riñones, comparada en la autopsia, daban derecho á decir, con máxima seguridad, que la muerte de Smielkov fué producida por la ingestión de un veneno tragado juntamente con el vino. No se podía asegurar cuál fuese el veneno; pero sí que fué ingerido al mismo tiempo que el vino.

—Ese hombre era una cuba,—murmuró el comerciante despertándose.

La lectura había durado una hora y todavía no bastó al sustituto. Con efecto, apenas acabada aquélla, el presidente se volvió hacia el fiscal y le dijo:

—Creo que será inútil leer lo que se refiere al examen de las vísceras.

—Estimo, pos lo contrario, que es preciso,—replicó el fiscal con entonación severa, dando á entender que no estaba dispuesto á ceder en un ápice y que la omisión de la lectura podía dar motivo para recurrir en casación.

El juez de la barba, de ojos bondadosos, que padecía catarro intestinal, sintiéndose débil se dirigió al presidente.

—No sé á qué conduce todo eso.

El juez de los anteojos no dijo una palabra; pero tenía

una expresión ceñuda que indicaba que no esperaba nada bueno ni de su mujer ni del porvenir.

Empezó la lectura del otro documento:

«En el año 18... el 15 de Febrero, yo, abajo firmado, recibida la orden de la sección médica núm. 638,—leía el relator alzando resueltamente la voz para combatir el sueño que se apoderaba de todos,—en presencia del ayudante del inspector médico, he inspeccionado las vísceras, como sigue:

»1. El pulmón derecho y el corazón (en un bocal de cristal, kg. 2,40.)

»2. El contenido del abdomen (en un bocal de cristal, kg. 2,40.)

»3. El abdomen mismo (en un bocal de cristal, kilogramos 2,40.)

»4. El hígado, el bazo y los riñones (en un bocal de cristal, kg. 1,20.)

»5. Los intestinos (en un bocal de greda, kg. 2,40.)

En aquel momento el presidente, después de consultar á sus dos colegas, interrumpió la lectura.

—La Sala juzga inútil la lectura de este documento,—dijo. El relator calló y el fiscal sustituto apuntó algo velozmente.

—Los señores jurados harán el favor de examinar las pruebas,—añadió luego el presidente.

El jefe del jurado y algunos otros se acercaron con aire embarazado á la mesa, no sabiendo que hacerse de las manos. El comerciante probó el anillo en su dedo.

—¡Diablo! ¡Vaya un dedo!—exclamó dejándolo de nuevo en su sitio.

Le divertía el concepto que se había formado del envenenado, á quien se imaginaba un coloso de fuerza.

## XXI

Terminó así el exámen de pruebas. El presidente declaró conclusa la instrucción y, sin un momento de respiro, pensando que así se acabaría antes, y que el fiscal debía tener, como cada hijo de vecino, necesidad de comer y de fumar, le dió la palabra. Pero el fiscal no tuvo piedad de los demás ni de sí mismo. Naturalmente estúpido, había tenido la desgracia de alcanzar una medalla de oro en el instituto y de ser premiado en la Universidad por su tesis: «La esclavitud en el derecho romano;» de modo que estaba hueco, satisfecho de su propia existencia, satisfacción á lo que contribuía bastante su buena suerte cerca de las mujeres.

Cuando el presidente le concedió la palabra, se levantó despacio, exhibiendo su cuerpo bien formado, é inclinando la cabeza paseó su mirada por la sala; luego empezó á hablar, procurando no fijar la vista en los acusados.

—El hecho que sometemos á vuestro juicio, señores jurados—había preparado tal exordio mientras se procedía á la lectura de los documentos—es, si puedo expresarme así, un delito característico.

Estimaba que la arenga del fiscal debía siempre tener

gran amplitud de criterio y un significado general, como las que pronunciaban los abogados de gran fama. Verdad es que el auditorio se componía de un cochero y tres mujeres; una costurera, una cocinera y la hermana de Simón. Pero aquello importaba poco; también los demás habían empezado así. El fiscal debía estar siempre á la altura de su cometido; esto es, penetrar en las profundidades psicológicas del delito y mostrar al desnudo las llagas sociales.

—Estamos delante, señores jurados, de un delito característico de este fin de siglo; de un delito que encierra en sí el germen particular de aquel fenómeno incipiente de disolución, al cual quedan sujetos en nuestro tiempo esos elementos de la sociedad que ahora podéis ver sentados en ese banquillo...

El sustituto habló largo y tendido, procurando exponer todos los hechos y detalles que logró saber, y no interrumpirse ni un instante haciendo de modo que su discurso durara cinco cuartos de hora. Unicamente se detuvo una vez y tragó saliva durante unos instantes; pero se indemnizó, de aquella parada soltando un chorro de elocuencia. Hablaba á veces con acento tierno é insinuante, otras con calma magestuosa, levantando á ratos la voz de un modo formidable y con expresión acusadora. Pero no dió ni una sola mirada á los acusados; que, por su parte parecían comerse los ojos.

En su arenga había todo lo que la sociedad acepta como la última palabra de la ciencia; la herencia y el delito innato; Lombroso y Tarde, la evolución y la lucha por la existencia, el hipnotismo y la sugestión, Charcot y el decaimiento de la raza. Según él, Smielkov era la personificación del ruso primitivo, sano y robusto, que por su expansión y generosidad había sido víctima de personas esencialmente perversas, en cuyas manos había caído. Simón Kirtinkin era el producto atávico de una raza embrutecida por larga esclavitud, casi imbécil, sin instrucción, sin principios morales, sin religión siquiera. Eufemia era su

digna amante, una víctima fatal de la ley de herencia, que presentaba todos los signos característicos de la degeneración. Pero la causante de todo era la Máslova, verdadera síntesis del fenómeno del decaimiento moral, llevado hasta los últimos límites.

—Esta,—exclamó con énfasis sin mirarla,—ésta, señores jurados, ha recibido cierta instrucción. No sólo sabe leer y escribir, sino que conoce el francés. Es huérfana y probablemente lleva en sí el germen, desde su nacimiento, de su vida delictuosa. Educada por una familia culta y noble, hubiese podido vivir honestamente con su trabajo; pero no, abandona á sus bienhechores y se entrega á sus pasiones, para satisfacer las cuales entra en una casa de tolerancia. De la instrucción recibida se sirve para influir de aquel modo misterioso que ha revelado la ciencia por boca de Charcot, y que se conoce con el nombre de sugestión. Con tal sistema, sabe captarse las simpatías y la confianza de Smielkov, el buen ruso, confiado y generoso, á quien saquea primero, y deja después sin vida con indecible ensañamiento.

—Creo que se excede un poco,—dijo el presidente al juez de los anteojos.

—Sí, es un imbécil acabado,—replicó el otro.

—En vuestras manos tenéis, señores jurados, la suerte de estas tres personas; pero también en vuestras manos está en gran parte el destino de esa sociedad que os ha escogido para que déis un gran ejemplo con vuestro fallo. Compenetráos bien del delito, del peligro constante que constituyen para la sociedad esos individuos llamados patológicos y poniendo un dique á su contagio, defended á esa sociedad que con harta frecuencia padece sus ataques.

Y como oprimido por la importancia del acuerdo que se debía tomar, el sustituto, evidentemente satisfecho de su discurso, se dejó caer en un sillón.

Dejando aparte todas las flores retóricas, vino á decir en suma, que la Máslova hipnotizando al mercader le había

inspirado confianza ciega y que, enviada á la posada para tomar algún dinero, concibió el designio de apoderarse de todo el que en la maleta había. Sorprendida por Simón y Eufemia, hubo de partir con ellos y luego, vuelta á la posada con el forastero, lo mató para ocultar el delito.

Luego se levantó del banco de los abogados un hombre de mediana edad con frac y pechera almidonada. Este, abogado de Kirtinkin y de la Botchkova por trescientos rublos, pronunció un discurso muy hábil, justificando á sus clientes y echando toda la responsabilidad sobre la Máslova. Negaba que pudiese darle fe al relato de la muchacha, envenenadora confesa, y no creía por lo tanto que Simón y Eufemia estuviesen presentes cuando abrió la maleta. No cabía dudar que los mil ochocientos rublos fueran producto del trabajo de aquellas buenas gentes que á veces recibían cinco rublos de propina en un solo día.

En cuanto al dinero del mercader, la Máslova lo había robado y dado á guardar á alguien ó quizá lo hubiese perdido porque se hallaba en un estado de inconveniencia absoluta. Del envenenamiento era la Máslova la única culpable y rogaba por lo tanto á los jurados que reconocieran la inocencia de sus clientes respecto del hurto, y que, en cuanto al envenenamiento, no admitieran tampoco su ingenuidad y mucho menos su premeditación.

En su peroración, para rebatir los argumentos del fiscal, dijo que la herencia era muy buena teoría científica, pero que de ninguna manera podía aplicarse á la Bohchkova, hija de padres desconocidos.

Al oír esto el fiscal, que continuaba tomando notas á escape, frunció el entrecejo y se encogió de hombros con infinito desprecio.

Llegó el turno al defensor de la Máslova que pronunció un discurso con gran timidez y con voz vacilante. No negaba que la muchacha hubiese tomado parte en el hurto, pero afirmó que si había vertido los polvos era con la sola intención de hacer dormir al interfecto. Luego, para hacer

un alarde de elocuencia, pulsó la cuerda del sentimiento y dijo que la Máslova había sido impulsada á la prostitución por un hombre que quedaba impune, mientras ella sola padecía las consecuencias de su falta. Pero aquella disgresión patética al campo de la psicología no tuvo éxito y el presidente le rogó que se ciñera á los extremos de la defensa.

Acabados los discursos de la defensa, de nuevo se levantó el fiscal, quien, para demostrar la bondad de su tesis afirmó que no bastaba que la Botchkova fuese hija de padres desconocidos para negar la influencia de la ley de herencia, puesto que las teorías científicas permitían, no sólo deducir el delito de la herencia, sino también la herencia del delito. En cuanto al hombre «imaginario»—pronunció esta palabra de un modo mordaz—que había seducido á la Máslova, replicó que ella era la verdadera seductora á través de cuyas manos habían pasado tantas víctimas.

Dijo y se sentó triunfalmente y el presidente preguntó á los acusados si tenían que añadir algo en su defensa.

Eufemia Bohchkova afirmó de nuevo que no sabía una palabra de nada y denunciaba á la Máslova como la única culpable.

Simón murmuró muchas veces.

—¿Qué queréis?... yo no tengo la culpa... esto es injusto...

La Máslova no pronunció una palabra: cuando el presidente la invitó á decir algo en su defensa, volvió los ojos en torno con una mirada de animal inocente y perseguido que ha caído en el lazo, luego, inclinando la cabeza, rompió en llanto copioso, sollozando convulsivamente.

—¿Qué tenéis?—dijo de pronto el comerciante volviéndose al rumor de un sollozo que ahogó el príncipe sentado á su lado.

Neklindoff no llegaba aún á hacerse cargo de la gravedad de su situación moral. Atribuyó á una excesiva sobreexcitación nerviosa aquel sollozo que se le escapara y

las lágrimas que pugnaban por correr: se caló los lentes y se sonó repetidas veces. El terror de la infamia que caería inevitablemente sobre él cuando todos conocieran su pasado, sofocaba aún aquel sentimiento bueno y noble que renacía en él; y, más poderoso que todo otro sentimiento, el miedo de aquel instante, lo avasallaba todo.

## XXII

Después de las últimas palabras de los acusados y de una larga consulta acerca de los extremos que había que someter á los jurados se formularon las preguntas y el presidente empezó el resumen.

A pesar de que deseaba concluir pronto, y aun cuando la institutriz le esperaba en la fonda, tenía tal costumbre de hablar que, en empezando no se detenía. Quería persuadir á los jurados á que, si hallaban culpables á los acusados lo declararan en tanto que si, á su juicio eran inocentes, debían declararlo también. Podía ocurrir que les creyeran culpables de una cosa é inocentes de otra, y el veredicto debía estar en consonancia.

Explicóles además, que debían usar de su derecho con moderación y racionalmente. Quería añadir que si daban á las preguntas una respuesta afirmativa quedaba entendido que admitían cuanto se contenía en la pregunta y

que debían especificar aquello que no admitieran. Pero dando una ojeada al reloj advirtió que faltaban cinco minutos para las tres, y decidió pasar á la exposición de los hechos.

Las resultancias del proceso son, pues, las siguientes:— y empezó el relato de lo que ya habían dicho todos.

Los magistrados escuchaban con aire grave. Sin duda se decían que el discurso era bueno, apropiado á las circunstancias y conforme á todas las reglas; pero pensaban que era excesivamente largo, y lo mismo pensaban el fiscal, los defensores y cuantos estaban en la sala.

El resumen de los autos estaba hecho y parecía todo acabado. Pero el presidente creyó necesario añadir unas palabras acerca de los derechos del jurado: les exhortaba nuevamente á usar de ellos con prudencia y atención y mesura.

—Señores jurados,—acabó,—habéis prestado juramento; sois la conciencia de la sociedad; acordáos de ello; acordáos del secreto de la sala de deliberaciones.

Desde el primer instante en que había empezado á hablar, la Máslova había fijado sus ojos en él y no los apartó un momento, como si no quisiera perder ni una sola palabra, así es que Neklindoff podía mirarla sin que ella lo advirtiera. En su mente ocurría aquel fenómeno acostumbrado que ocurre cuando se mira el rostro de una persona querida que no se ha visto hace mucho tiempo; al principio impresiona por los cambios ocurridos durante la ausencia; luego, poco á poco, aparece tal como era algunos años antes, desaparece todo cambio y á los ojos de la mente se manifiesta tan sólo aquel sello especial y exclusivo que caracteriza á cada persona. Sí, era ella.

A pesar de su traje de presa, del cuerpo más grueso, de un ligero engrosamiento de la parte inferior del rostro, de las arrugas que empezaban á marcarse en las sienes y en la frente, de la hinchazón de los ojos, era ella, aquella Katuscha que, en la noche de Pascua había amado, que le

amaba ingenuamente con sus ojos enamorados, llenos de vida y sonriendo de alegría.

—Era preciso que esta causa tocara á la sección de que formo parte y que la viera aquí, en el banco de los acusados después de no verla durante diez años... ¿y después? ¡Ah ¡si al menos acabaran pronto, pronto!

Neklindoff se rebelaba contra aquel arrepentimiento que poco á poco sentía invadir su conciencia; pensaba que todo aquello era una pura casualidad que no dejaría rastro en su vida. Experimentaba aquel remordimiento que siente un perrito que ha ensuciado una habitación y al que su dueño atrapa y restriega el hocico contra la puertería. Trata de escaparse, de apartarse de aquel sitio; pero el amo, inexorable no le deja.

Neklindoff comprendía toda la vileza de su pasado, sentía pesar sobre él la mano de su amo; pero aun no comprendía la gravedad del daño causado, no admitía que hubiese cosa alguna que tuviera acción moral sobre él. Rehusaba creer que todo aquel vicio desplegado ante sus ojos fuese obra suya. Sentado en primera fila entre los jurados, jugaba con los lentes conservando una apariencia de calma y de indiferencia; pero en lo más íntimo de su sér se le revelaba la vileza nauseabunda y feroz no sólo de aquella culpa sino de su vida entera ociosa, depravada y cruel. Y la venda que durante diez años había ocultado, como por encanto aquella culpa y aquella vida, se escurría, se apartaba, y de cuando en cuando, el príncipe lanzaba una ojeada temerosa y furtiva al abismo.

## XXIII

El presidente había terminado su discurso y entregó á su colega del jurado el papel en que estaban contenidas las preguntas. Todos se pusieron en pie; fuéronse á deliberar los jurados, contentos con poder moverse; apenas hubieron entrado en su despacho, se colocó en la puerta un guardia con la espada desnuda apoyada en el hombro; los magistrados salieron de la sala, y los acusados fueron sacados también.

En el despacho los jurados empezaron por encender los cigarrillos y se sentaron cómodamente; la reserva artificial que habían observado desapareció y muy pronto empezó una conversación animada.

—La muchacha no es culpable,—dijo el comerciante plácido,—se ha encontrado enredada sin saberlo y es preciso mostrarse indulgente con ella.

—Eso lo veremos,—dijo el presidente;—no debemos dejarnos sugerir por nuestras impresiones.

—El presidente ha hecho un buen resumen,—observó el coronel.

—¡Sí, muy hermoso! á mí me daba sueño.

—Lo importante es que los dos criados no podían saber

que existía el dinero si no se lo hubiese dicho la Máslova, —indicó el dependiente judío.

—¿Así pues, según vos, es quizá ella quien ha robado?

—No, es imposible, no lo creeré nunca,—dijo el comerciante,—ha sido aquella canalla de los ojos pitarrosos la que lo ha hecho todo.

—¡Sí, sí, todos son unos ángeles!—replicó con sorna el coronel.

—¡Pero si sostiene que no entró siquiera en el cuartel...

—¿Y la creéis? no creo una palabra de esa asquerosa.

—Que vos no lo creáis no basta,—interrumpió el dependiente.

—La llave la tenía ella...

—¿Y esto qué prueba?—arguyó el comerciante.

—¿Y la sortija?

—Se la dió él,—gritó el comerciante.—Aquel Smielkov era un borracho que la pegó. Después se comprende que le dió lástima. ¡Toma, no llores! ¡Imaginad pues! Un hombre de 1'96 de alto y que pesaba 128 kilogramos!

—No se trata precisamente de esto,—intervino Pedro Gerassimovitch;—el nudo del embrollo está en saber si es ella quien ha premeditado el envenenamiento ó si son los criados.

—Los dos criados solos no podían hacerlo; la llave la tenía ella.

Esas preguntas y apreciaciones duraron mucho rato.

—Permitid, señores,—dijo el jefe,—sentémonos y hablemos. Haced el favor,—y se sentó.

—Ya conozco yo esa clase de mujeres,—dijo el dependiente judío.

Y para demostrar que para él no admitía duda la culpabilidad de la Máslova, contó que una mujer por el estilo había robado el reloj á un amigo suyo, en las afueras. Por su parte y para corroborar su opinión, el coronel relató el robo, mucho más extraño, de un samóvar de plata.

—Señores, os ruego que os enteréis de las preguntas,— dijo el presidente, dando con el lápiz sobre la mesa.

De nuevo callaron todos.

«1.º» ¿El aldeano Simón Petrovitch Kirtinkin, de 33 años, de Borki, distrito de Krapivo, es culpable de haber tenido la intención, el 17 de Enero de 18... en la ciudad de N... de envenenar al comerciante Smielkov, con objeto de robarle; de haberle después, con ayuda de otras personas, vertido veneno en un vaso de cognac causándole la muerte, y, por último, de haberle robado una sortija de brillantes y dinero por valor de 2500 rublos?

»2.º ¿La mujer Eufemia Ivanovna, de 43 años, es culpable del delito de la primera pregunta?

»3.º La mujer Catalina Mikailvona Máslova, de 27 años, es culpable del delito de la primera pregunta.

»4.º ¿La acusada Eufemia Ivanovna Botchkova no siendo culpable del delito especificado en la primera pregunta, lo es de haberse introducido en el cuarto del citado Smielkov, alojado en la posada Mauritania, en la cual sirve como camarera, de haber abierto la maleta con llave falsa para robar dinero?

El jefe había leído la primera pregunta.

—¿Qué os parece, señores?

Todos contestaron en sentido afirmativo tanto para el envenenamiento como para el hurto; sólo un viejo recadero que propendía siempre á creer inocente á todo el mundo, no encontró culpable á Kirtinkin. El presidente le explicó de nuevo la pregunta, creyendo que no la había comprendido; pero el otro se aferró en sus trece diciendo:

—Tampoco nosotros somos santos.

A la segunda pregunta repondieron que la Botchkova no era culpable de envenenamiento. El comerciante que deseaba inculpar á la Máslova, afirmó que aquella era la culpable de todo; pero, el presidente que quería atenerse á la legalidad, hizo triunfar su parecer y la Eufemia no fué envenenadora.

A la cuarta pregunta contestaron que sí; pero concediendo atenuantes.

La tercera pregunta, la que se refería á la Máslova, suscitó discusión acalorada. El presidente del jurado sostenía que era culpable de envenenamiento y de hurto; el comerciante, el coronel y el recadero sostenían lo contrario, los otros titubeaban. Durante unos momentos pareció que la opinión presidencial prevalecía, tanto más cuanto que todos estaban cansados y al afirmar quedaba todo acabado.

Neklindoff, estaba convencido de que la muchacha era inocente y de que tal sería la opinión de todos. Pero cuando advirtió que por la defensa poco hábil del comerciante y por la insistencia del presidente que se aferraba á su opinión, sólo porque aquél defendía la contraria, la muchacha iba á ser condenada, quiso intervenir aunque con temor, porque le parecía que todos iban á descubrir la parte de responsabilidad que tenía en el crimen de la Máslova. Pedro Gerassimovitch que se indignaba del tono de autoridad del presidente, le ahorró trabajo.

—Perdón—dijo—¿no es posible que después de haber cerrado la muchacha la maleta, la abrieran de nuevo los criados con llave falsa?

—Eso es lo que digo,—apoyó el comerciante.

—Es absurdo que la chica haya tomado dinero. ¿Dónde iba á gastarlo en la situación en que se encontraba?

Eso es;—repitió el comerciante.

—Lo más probable es que su ida á la posada ha hecho germinar la idea del hurto en los criados, que luego le han echado toda la culpa.

Pero, Gerassimovitch hablaba con tono irritado, y el presidente, irritado también, sostenía su tesis. Mas, el primero fué tan persuasivo, que todos convinieron en que la Máslova no había tomado parte en el hurto. Luego se discutió la parte que había tenido en el envenenamiento.

El fogoso defensor de la Máslova, el comerciante, sostuvo que la muchacha era inocente, porque no tenía nin-



gún motivo para envenenar; pero el presidente le replicó que era imposible admitirlo, desde el momento en que ella misma contestaba haber puesto los polvos en el vino del difunto.

—Sí, es verdad que se los ha echado; pero creyendo que eran opio.

—Hasta con el opio se puede matar,—intervino el coronel, que parecía tener un gusto especial en desviar el razonamiento.

Y contó que la mujer de un primo suyo se había envenenado con opio y hubiese muerto sin remisión á no ser porque un médico muy inteligente le administró á tiempo los debidos auxilios. Hablaba con un tono tal de autoridad y de razón que ninguno se atrevía de hacerle observaciones. El dependiente, incitado por el ejemplo, se decidió á interrumpirlo para contar una historita de su cosecha.

—Hay algunos que están tan habituados al opio,—dijo,—que pueden tomar hasta cuarenta gotas de una sola vez. Yo, por ejemplo, tengo un primo...

Pero, el coronel no quiso callar y siguió contando las consecuencias que el opio acarreó á la mujer de su pariente.

—Casi son las cinco,—observó uno de los jurados.

—Así, pues, señores, la reconocemos culpable, pero sin intención de robar; quiere decir que no ha robado dinero; ¿está bien así?

Pedro Gerassimovitch, contento de que hubiera prevalido su opinión, aprobó.

—Merece las atenuantes,—añadió el comerciante.

Todos estuvieron de acuerdo; tan solo el recadero insistía:

—¡No, no es culpable!

—Pero si nosotros decimos lo mismo,—trató de explicarle el presidente.—Sin intención de robar quiere decir que no es culpable.

—Bien, pongamos ahora las atenuantes y todo estará conforme,—dijo alegremente el comerciante.

Estaban tan cansados y tenían la inteligencia tan embrollada por la discusión sostenida, que á ninguno se le ocurrió añadir: «Sí, pero sin intención de matar.»

Ni aun Neklindoff lo advirtió á consecuencia de su estado de ánimo.

En tal forma fueron llevadas las respuestas á la sala del tribunal.

Rabelais, cuenta que un jurisconsulto al cual acudieron algunos para obtener un juicio, después de haber consultado todas las leyes y leído unas veinte páginas de jurisprudencia latina, sin sentido común, propuso echar al aire unos dados, jugando á pares y nones: si salían pares tenía razón el querellante, si nones, el demandado. Este era el caso.

Si esta decisión y no otra se había tomado, no era porque todos los jurados estuviesen de acuerdo. Pero el presidente del tribunal, en su prisa tenía la culpa de no haber advertido á los jurados que les era lícito responder usando la fórmula:

«Sí, pero sin intención de matar»

Por otra parte, el coronel, con la historia interminable de la mujer de su pariente, aburrió á todos; Neklindoff, avasallado por el tumulto de sus pensamientos tampoco se acordó de decir á sus compañeros lo que el presidente se había olvidado; Pedro Gerrssimovitch había salido en el mismo momento en que el presidente leía la pregunta y la respuesta; pero, más que todo, la causa del error fué que todos estaban cansados y deseaban llegar á una solución que les dejase en paz.

Los jurados tocaron la campanilla.

El guardia que estaba á la puerta envainó el sable y se alejó. Los magistrados volvieron á sus puestos y los jurados, uno después de otro, entraron en la sala. El jefe que llevaba con gran solemnidad la hoja, la entregó al

presidente; éste la leyó, y haciendo un gesto de extrañeza se volvió hacia sus colegas consultándoles.

Era estúpido, que los jurados, después de justificar el primer caso—«sin intención de robar»—no hubiesen explicado el segundo omitiendo la fórmula—«sin intención de matar.»—Resultaba que, según el veredicto de los jurados, la Máslova no había robado, pero había matado á un hombre sin motivo alguno.

—Mirad que absurdo han elaborado,—dijo volviéndose hacia el magistrado de la izquierda.—Se trata de trabajos forzados, y sin embargo la muchacha es inocente.

—Inocente no,—dijo el juez de las antiparras.

—Os digo que es inocente. Yo creo que sería el caso de aplicar el artículo §17: «Si los magistrados no creen justo el veredicto de los jurados, pueden anularlo.» ¿Qué os parece?—Y volviéndose al juez de la derecha.

Este no contestó en seguida; pero dió una ojeada al número de orden del folio que tenía en frente y sumó mentalmente las cifras. Había decidido que si el total era exactamente divisible por tres, debía contestar sí; pero aún cuando el total resultó indivisible, dió su aprobación porque era un buen hombre.

—Sí... tal es mi opinión.

—¿Y vos?—preguntó el presidente al magistrado ceji-junto.

—Imposible,—contestó este con acento vivo.—Los diarios han publicado ya demasiados artículos contra las frecuentes absoluciones de los jurados. ¿Qué van á decir ahora si los jueces los absuelven?

El presidente miró el reloj. Eran cerca de las cinco.

—¡Qué lástima!—exclamó, y alargó el documento al presidente del jurado.

Todos se levantaron.

El presidente tosió, y luego, balanceándose sobre las piernas, leyó las preguntas y respuestas. El relator, los abogados y hasta el fiscal, quedaron asombrados. Entre-

tanto los acusados permanecían impasibles; evidentemente no comprendían el alcance de aquellas contestaciones.

Después el presidente invitó al fiscal á proponer la pena para los acusados, y aquél, entusiasmado por el triunfo que obtenía, bien inesperado, especialmente por lo que hacía á la Máslova, y atribuyéndolo á su propia elocuencia, miró el Código penal y luego dijo:

—Pido que Simón Kirtnikin sea condenado según el art. 1452 y el párrafo 4.º del art. 1453; Eufemia Botchkova según el artículo 1689, y Catalina Máslova según el artículo 1454.

Estos eran los castigos más severos que podían imponerse.

—La sala va á deliberar,—dijo el presidente.

Todos se levantaron y salieron á pasear por los corredores con aquella íntima satisfacción que se siente después de cumplir una acción buena.

—¿Sabéis que hemos cometido una acción infame?—dijo Pedro Gerassimovitch, acercándose á Neklindoff, á quien el presidente explicaba algo.—La hemos enviado á galeras.

—¿Qué decis?—exclamó Neklindoff, que no advirtió entonces la familiaridad insoportable del maestro.

—Ciertamente,—dijo este;—no habemos puesto en la respuesta: «Culpable, pero sin intención de matar.» Esto se lo explicaba el relator, y el fiscal la condena á quince años de galera.

—Esto es lo que han decidido todos,—observó el presidente del jurado.

Pedro Gerassimovitch contestó que debía haberse consignado que, no robando, no podía haber tenido tampoco la intención de matar.

—Sin embargo, yo he leído en voz alta la respuesta antes de escribirla,—argüía el presidente,—y nadie ha protestado.

—En aquel momento yo había salido de la sala,—repli-

Po Pedro Gerassimovitch.—¿Cómo lo habéis dejado pasar?  
 «—No habría creído nunca...—dijo Neklindoff escusándose.

—Pues ya véis lo que habéis hecho.

—Aún se puede remediar.

—Ahora es demasiado tarde; era preciso advertirlo antes.

Neklindoff miró á los acusados. Estos, cuyo destino se estaba resolviendo, estaban inmóviles, custodiados por los guardias. La Máslova sonreía con frecuencia y Neklindoff sintió surgir en su ánimo un mal pensamiento.

Primeramente, cuando creía que sería absuelta, el pensamiento de que la muchacha permanecería en la ciudad y podría encontrarle algún día le asustaba; ahora la galera y Siberia destruían la posibilidad de todo encuentro. El pajarito, ya medio muerto, acabaría pronto de luchar por la vida, y todo habría acabado, y un olvido completo borraría para siempre hasta la memoria de su existencia.

## XXIV

Pedro Gerassimovitch tenía razón en temer.  
 Salido de la sala de deliberaciones, el presidente tomó la sentencia y empezó su lectura:

«En el año 18... á los 28 de Abril, por orden de Su Majestad, la sección penal del Tribunal de N... visto el vere-

dicto de los señores jurados, á tenor del art. 775, párrafo 3.º de la Ley de Enjuiciamiento criminal y de los artículos 776 y 777, ha deliberado lo que sigue:

«El aldeano Simón Kirtinkin, de 33 años, y la vecina Catalina Máslova, de 27 años, quedan condenados á trabajos forzados, aquél á ochos y ésta á cuatro, con pérdida de derechos civiles y de todos sus bienes y demás que previene la ley penal, según el art. 25 del Código.

»La vecina Eufemia Botchkova, de 43 años, queda condenada á tres años de reclusión, con pérdida de sus derechos civiles y demás que disponen las leyes, según el artículo 19 del Código penal.

»Los gastos del proceso serán repartidos por partes iguales entre los tres condenados, y en caso de ser insolventes quedarán á cargo del gobierno.

»En cuanto á las pruebas, la sortija será restituida y el filtro destruido.»

Durante aquella lectura, Kirtinkin permaneció de pie, contrayendo continuamente la boca, y la Botchkova parecía estar completamente tranquila; pero la Máslova, al oír la sentencia, enrojeció hasta la raíz de sus cabellos.

—¡Soy inocente! ¡Soy inocente!—exclamó con voz estridente que resonó por toda la sala.—Es un pecado lo que hacéis conmigo... Nunca he tenido la intención de envenenar yo; nunca lo he pensado. Lo juro, lo juro.—Y cayendo sobre el banco rompió en evidentes sollozos.

Cuando Simón y la Botchkova fueron llevados por los guardias, ella continuaba todavía sollozando, sin advertir lo que pasaba á su rededor; un guardia tuvo que tirarla de la manga.

—No puede ser, no debe ser que todo acabe así,—dijo de repente Neklindoff, que había sofocado por completo aquel pensamiento egoísta que atravesó su mente. Y sin darse cuenta de por qué lo hacía, quiso ver de nuevo á la joven, y salió apresuradamente al corredor. Sin advertir que con su precipitación podía llamar la atención de los

otros, Neklindoff la alcanzó, la precedió algunos pasos y después se paró. Katiuscha había cesado de llorar; con el pañuelo se enjugaba el rostro, en el que aparecían manchas rojizas, y sólo de cuando en cuando un sollozo la sacudía violentamente. Al pasar por su lado ni siquiera se volvió. Entonces Neklindoff volvió atrás para ver al presidente, pero éste había ya salido y tuvo que alcanzarlo junto á la puerta.

— Señor presidente,—le dijo, acercándose, en tanto que éste se ponía el abrigo;— señor presidente, ¿puedo hablar un momento con vos de la causa que acabamos de juzgar? Soy uno de los jurados.

— Os conozco; sois el príncipe Neklindoff. Muy contento de veros. Nos hemos ya encontrado otras veces,—y estrechándole la mano le recordó como se habían conocido.—¿En qué puedo serviros?

—Ha habido un error en la respuesta por lo que hace á la Máslova. Es inocente, y sin embargo ha sido condenada á trabajos forzados.

—La Sala ha sentenciado de acuerdo con el veredicto, aunque las respuestas no parecieran en consonancia con la realidad de los hechos,—contestó el presidente, sin dejar de andar.

—Está bien. ¿No hay, sin embargo, un medio de reparar el error?

—Un pretexto para recurrir en Casación se encuentra siempre. Es preciso ver á los abogados.

—¡Este error es una enormidad!

—Mirad, á la Máslova se le presentaban dos caminos,—explicó el presidente queriendo ser cortés con Neklindoff.

—¿Venís por mi camino?

—Sí,—respondió Neklindoff, que se puso el abrigo y le acompañó.

Salieron al aire libre y bien pronto fué preciso hablar más alto, porque el ruido de los carruajes ahogaba su voz.

—Ved que extrañeza,—continuó el presidente.—A la

Máslova no se le presentaban más que dos soluciones; ó una absolución libre, computando, naturalmente, la prisión sufrida; ó los trabajos forzados: no había solución intermedia. Si hubiéseis contestado: «Culpable, pero sin intención de matar», hubiese salido absuelta.

—¡Ha sido un error imperdonable!—exclamó Neklindoff.

—¡Y decir que todo dependía de eso!—añadió el presidente con una sonrisa por vía de consolación. Miró el reloj, faltaban tres cuartos de hora para espirar el plazo de la cita.—Id á ver á un abogado y que recurra en Casación. Es cosa sencilla. Norianskaja,—dijo á un cochero que se ofrecía,—treinta kopecks, no pago nunca más.

—Suba Su Excelencia.

—Hasta la vista, pues. Si puedo seros útil me hallaréis en casa Dvornikoff, calle Dvorienskaj!—y saludando con cortesía, partió al trote.

## XXV

Su coloquio con el presidente y el aire fresco tranquilizaron á Neklindoff. Pensaba que sus impresiones eran tan vivas á consecuencia de las circunstancias insólitas de aquel día. ¡Era mucha coincidencia! Pero de todos modos, era preciso hacer lo posible para aliviar la suerte de la

muchacha, y hacerlo pronto... Era preciso informarse de dónde vivía un abogado de fama, Fanarín ó Mikinschin.

Neklindoff volvió al tribunal y en el primer corredor encontró á Fanarín, á quien conocía ya de nombre y de vista, y le dijo que desearía hablarle.

—Celebro mucho ponerme á vuestras órdenes,—dijo el abogado.—Estoy algo cansado; pero si el asunto no es largo... Contadme, contadme. Entremos aquí.

Fanarín introdujo al príncipe en un despacho y se sentaron junto á una mesa.

—¿De qué se trata?

—Ante todo os ruego que guardéis absoluta reserva acerca de lo que voy á deciros.

—Se entiende.

—Hoy he formado parte del jurado. Hemos hecho condenar á una mujer á trabajos forzados y era inocente.

Al decir esto se paró y se ruborizó. Fanarín miró á su interlocutor y esperó.

—Hemos condenado á una inocente y deseo recurrir en Casación. De esto quería encargaros.

Anhelaba terminar pronto aquella explicación que le resultaba difícil. Así es que añadió en seguida:

—En cuanto á los honorarios y gastos, pagaré sea cual fuese la suma.—Y se ruborizó.

—¡Oh! en cuanto á eso no hay cuidado,—dijo Fanarín.

—¿Y en qué consistía el proceso?

Neklindoff lo expuso brevemente.

—Bien está. Mañana mismo empezaré á estudiarlo, y pasado mañana, ó mejor el jueves, id por mi casa á las seis de la tarde y os diré lo que me parece. Ahora vámonos; aún me queda mucho trabajo.

Neklindoff saludó al abogado y salió. Pensando que había hecho ya algo en favor de la Máslova, quedaba más tranquilo.

En la calle respiró con voluptuosidad el aire primaveral. La tarde era espléndida y quiso ir á pie á pesar de

que los cocheros le ofrecían sus servicios. Pero muy pronto un aflujo de ideas y el recuerdo de Katiuscha y de sus culpas le abrumaron y todo le pareció sombrío y desolado.

—No, no,—se di o.—Pensaré más tarde en todo eso. Ahora tengo necesidad de distraerme.—Y recordando la invitación de los Korchaghin, miró el reloj. Quizá aún llegaría á tiempo.

Pasaba en aquel instante un tranvía; subió á él. Pero en seguida bajó, tomó un coche, y en diez minutos estuvo en casa de los Korchaghin.

## XXVI

—Subid, Alteza. Os esperan,—dijo el portero abriendo la puerta de encima maciza que giró sin ruido sobre sus goznes.—Los señores comen; me han dicho que en cuanto llegáseis os rogara que subiéseis —Y acercándose á la escalera tocó el timbre.

—¿Hay alguien?—preguntó Neklindoff en tanto que dejaba el abrigo.

—Están los señores Kolossoff y Miguel Serghievitch; los demás son de casa.

En lo alto de la escalera había un criado de frac y guante blanco.